



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

SUMARIO

TEXTO
DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

VAIVENES DE LA SUERTE

POR

José Estremera

¡SEA USTED GALANTE!

POR

Juan Pérez Zúñiga

COSTUMBRES CHINESCAS

POR

Eduardo de Palacio

FRANQUEZA, HIJA

POR

Eusebio Sierra

CUENTECITO

POR

Sinesio Delgado

MENUDENCIAS

POR

Eduardo Navarro Gonzalvo

EL HAMBRE

POR

Antonio Sánchez Pérez

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

CHAPUZA

ESPOSO COMPLACIENTE

EL PAISAJE

(seis viñetas)

COSTUMBRES CHINESCAS

(cuatro viñetas)

POR

Cilla

IRENE ALBA

(Fotografía directa.)

Chapuzà.



—Dos ladrillos rotos, un desconchao del friso del gabinete, un par de bujeros en la cocina... ¡Total na! ¡Luego dicen los burgueses que quién proteger á la clase obrera!



DE TODO UN POCO

Las Cortes han reanndado sus tareas, y el Gobierno ve turbada la dulce paz en que vivía envuelto. Háblase de diputados levantiscos que piensan interpelar á los hombres del Gabinete con pretextos más ó menos fútiles, y el descontento se acentúa entre algunos de la mayoría que no obtuvieron destinos en la última combinación.

En la tertulia de las de Chamorro (Pasa, 33) hemos oído decir á la señora de un diputado rural:

—Mi esposo está decidido á hacer un acto, porque le prometieron una dirección y ya nos habíamos mudado de casa y teníamos medio ajustado un aparador, por si venían á darnos la enhorabuena los amigos. Además, mi esposo se había mandado hacer ropa de entretiem po para presentarse con decencia en la Cámara. ¿Le parece á usted bien que nos quedemos con la ropa hecha?

—Yo no sé cómo hay quien quiera ser diputado—añadió un joven de la tertulia que cifra su felicidad en cantar romanzas en italiano, acompañándose con el acordeón.

Y replicó la diputada:

—Mi esposo vino á las Cortes para darle en cara al comité del pueblo; porque nosotros teníamos botica, y además poníamos sanguijuelas á las personas de confianza; y como el presidente del comité era cirujano ministrante, comenzó á decir que le quitábamos la parroquia, y nos declaró la guerra. Entonces mi esposo, que se había criado con D. Venancio, le pidió un distrito, y al momento se lo dió.

—¡Ay, hija!—dijo la de Chamorro.—La política no da más que disgustos. Á mi esposo le quisieron hacer diputado cuando mandaba el conde de San Luis, y yo me opuse, porque con su carácter todo el mundo hubiera abusado de él. Es un hombre que se deja dominar por cualquiera, y aun el otro día le sorprendí abriéndole la raya al escribiente.

—Yo creí que el señor Chamorro había llegado á sentarse en las Cortes—dijo uno de los tertulianos.

—No, señor; en equivalencia del acta le dieron la administración de sales de Calatanyd y un queso de bola que le regaló el conde de San Luis el día de su santo.

Comprendemos el enojo de los que contaban con una dirección segura y hoy se ven reducidos á la humilde condición de diputados simples, y expuestos á que mañana le diga D. Práxedes:

—Señor Carraspera, está su señoría fuera de la cuestión que se discute. ¡Á callar!

•••

En cambio, hay una porción de personas que el domingo se acostaron siendo unos particulares simples, y el lunes resultaron senadores vitalicios.

Algunos de ellos quería que además de la honra vitalicia le hiciesen título del reino; pero no pudo ser.

Á nosotros nos decía un sujeto que ha vivido muchos años en Cuba y está casado con una mona, fuera el alma:

—Es muy triste esto de tener cuarenta mil pesos oro, y que nadie se fije en uno. Mi señora se aburre y está perdiendo carnes; ella quisiera brillar en los salones, pero no podemos.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo un apellido muy endeble.

—¿Cómo se llama usted?

—Me da mucha vergüenza.

—Vamos, tenga usted valor.

—Pues yo me llamo... Benigno Cerotillo.

Para estos seres anodinos se han hecho las senadurías vitalicias y los marquesados de nuevo cuño, y hay hombre que anda por ahí molestando á los amigos políticos y regalándoles capones de Bayo-

na por Nochebuena y cigarros de la Habana todos los días, á trueque de conseguir un título sonoro.

—Yo no puedo seguir llamándome Calabazón por más tiempo—dice uno melancólicamente.—Tengo una levita blanca preciosa y no me atrevo á ponérmela.

—¿Por qué?

—Porque parece que se despega de mi apellido. ¿No podría usted hacerme marqués, aunque tenga que gastar algo?

—En estos días he pedido dos marquesades y sólo me dieron uno—contesta el político influyente,

—¿Para algún capitalista de Cuba?

—No, señor; para un vindo de mi pueblo que se dedica al cultivo de la zanahoria y quiere volverse á casar con una poetisa de la aristocracia.

Los títulos proporcionan cierta distinción al individuo que los posee. Hasta que llegó á conde D. Eleuterio, el prestamista de la calle del Salitre, parecía un perro de aguas, y su esposa D.^a Angustias tenía todo el aspecto de una ama de cría seca; pero hoy han cambiado por completo y todo el mundo cree que ya han nacido condes naturales. Él no se quita los guantes ni aun cuando se afeita, y D.^a Angustias anda de mitones por la cocina vigilando á las criadas, y algunas veces le hemos visto fregar los cristales del gabinete muy paripuesta de capota y abanico de plumas.

Otro día encontramos á D. Eleuterio limpiándose las botas por su propia mano, con sombrero de copa y guantes.

—¡Hola, conde!—le dijimos.—¿Se trabaja?

—A pesar de mi posición social, nadie me da gusto en materia de calzado.

—Corriente, pero lávese usted la cara.

—¿La cara?

—Siento mucho decírselo, pero tiene usted betún en la punta de la nariz, señor conde.

Luis Taboada.

★

VÁIVENES DE LA SUERTE

I

Era una tarde helada de un invierno horroroso: en un grueso mantón arrebujada iba la *Bolichera* por el caso de aquella gran ciudad, precisamente cuando allí reunida, por ser entonces moda, solía pasear toda la gente distinguida.

—¿Adónde vas?—le dijo echando un terno un feroz policiaaco.

Y ella le respondió, soltando un taco:

—Donde me da la gana.

—En el gobierno

vas á decirlo ahora—

él replicó entre mil interjecciones, y ante su jefe se llevó á empellones á aquella miserable pecadora.

II

—Pide por esa boca, reina mía. Tu esclavo soy y por tu dicha anhelo. Es estar á tu lado mi alegría. Pienso que, al verme así, me envidia el cielo.— Esto á una hermosa dama le decía, á sus plantas postrado, cierto rico señor encopetado.

—¿Cuánto te adoro, mi Felisa bella!

¡Ay! hubiera querido conocerte años ha.

—Me has conocido

hace seis años justos—dijo ella.

—¿Yo á ti, paloma mía,

he logrado antes verte?

—Sí, y entonces... ¡veivenes de la suerte!

me mandaste á la cárcel cierto día.

—¿Yo? Pues ¿cómo? ¿quién eras? ¿dónde estabas?

¡Bromas tuyas serán, niña hechicera!

—No; tú entonces mi pueblo gobernabas

y me llamaba yo la *Bolichera*.

José Estremera.

★

¿SEÁ USTED GALANTE!

I

«Señor don Juan Pérez Zúñiga:
Perdone usted mi osadía.
Aun cuando yo no le trato
ni siquiera por encima,
me atrevo á rogar á usted
que me enseñe en seguida
unos versos para un tío
del cual van á ser los días,
y que á pesar de ser sordo
se llama José Pamplina.
Yo necesito mandarle
un flan y unas zapatillas
con una dedicatoria
(que estimará mientras viva)
hecha con frases de afecto
y en versos que tengan chispa.
Vengan, pues, que los aguardo
con impaciencia infinita,
y cónstese á usted que siempre
le estaré reconocida.
Su casa Belén, catorce.
Suya...tenta y afectísimas

servidora, que le besa
la mano,

Tecla Cordillo.»

II

«Muy señora mía y Tecla:
Aunque usted es desconocida
para mí, la mando adjuntos,
por pura galantería,
los versos que usted desea
para el señor de Pamplina,
ya que usted casi me dice
que le va en ello la vida.
Si lo que tiene en audacia
tiene usted en belleza física,
debe usted de ser lo menos
una Venus corregida.
En fin, ahí van esas coplas...
y que aprovechen, Teclita.
Besa sus picas (si están limpias)
su... etcétera.

(Aquí la firma.)»

A MI BUEN TÍO
DON JOSÉ PAMPLINA

Te mando, ya que te vi
siempre afectuoso conmigo,
ese flan hecho por mí
y esas babuchas de abrigo
que ha bordado para tí.
Otórgame tu perdón
si de tu agrado no son
las zapatillas y el flan.
Te quiero con loco afán
tu Tecla del corazón.

III

«Querida Tecla: Con gusto
acepto las zapatillas,
pues veo que dentro de ellas
tu puro afecto me envías;
el flan lo acepto asimismo,
aunque he notado que pica,
pues le has echado pimienta
en vez de echarle vainilla;
mas lo que yo no te admito

son esas majaderías
que á tu regalo acompañan.
Me apestan las poetisas,
aparte de que el más necio,
leyendo tus cortas líneas,
ve que Dios no te ha llamado
para escribir poesías.
Y si no eres tú la autora
del crimen, de parte mía
dile al autor que merece
que le pongan una cincha.
¡Al demonio se le ocurre
mandarme á mí esas coplitas!
Por lo demás, te agradece
tu obsequio

José Pamplina.»

.....
.....
Supe después casualmente
lo ocurrido y, en su vista,
¡primero que ser galante
permíto que me hagan trizas!

Juan Pérez Zúñiga.

★

ESPOSO COMPLACIENTE



—No, no tienes que darme explicaciones. Ya sé que desde que abandonaste mi hogar por irte con aquel procurador no has cesado de andar de ceca en meca... Has estado con un coronel, con un estudiante, con un perito agrónomo... ¿Ves lo que yo te decía? ¡Tú rodarás, rodarás... y al cabo tendrás que volver con tu maridito!...

El paisaje.



—Usted, que tiene inspiración y talento, puede hacer de este paisaje un cuadro precioso.



—Tiene razón. Es magnífico esto. Manos á la obra.



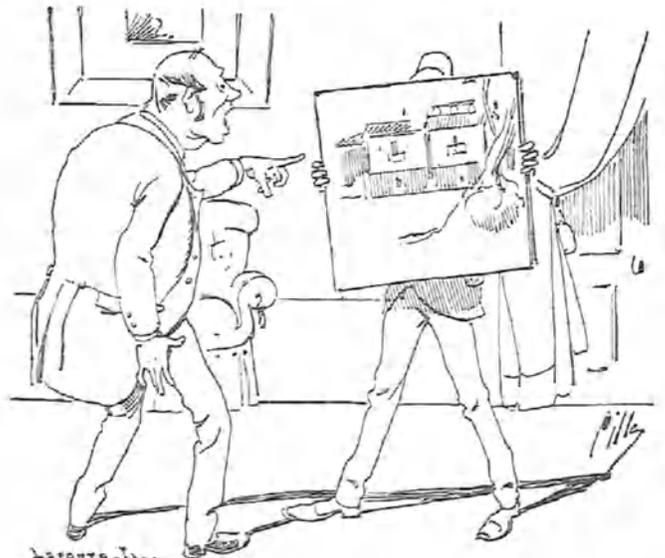
—Pero ¡quién trabaja en un día tan hermoso! Volveré mañana y lo concluiré en un rato....



—Tres meses hace que vengo todos los días, y en cuanto cojo los pinceles me entra un sueño tan agradable...



—Pero lo que es de hoy no pasa.



—¡Por fin! Aquí tiene usted el paisaje que le gustaba tanto



Costumbres chineſcas.

El celeste Imperio es uno de nuestros primeros imperios, indudablemente, no sólo por la antigüedad, sino por la población.

Según el último empadronamiento, siendo ya alcalde D. Santiago de Angulo (1), el número de habitantes ascendía á 325.000.000 de uno y otro sexo, simultáneamente.

El origen de aquel pueblo es desconocido, puede decirse, para la mayoría de las gentes.

Lo mismo que el origen del toro y que el origen del piano de manubrio.

Se sabe que hubo un tal Buda, fundador de Budapest, que se apareció en aquellas comarcas y predicó la religión del Budismo.

Su doctrina es muy parecida á la cristiana, sólo que es todo lo contrario.

Para el chino, el prójimo no existe y aun la prójima no le inspira simpatía vehemente.

El chino nace ya de color de oro viejo, lo cual ha sido motivo de escrupulosas investigaciones de los sabios.

Los varones difieren bastantes de las hembras.

En los primeros días de la infancia, el chino vive y calla, sin pronunciar palabra.

Cuando rompe á hablar es en idioma ininteligible, entre el chino y el infante, según varios autores que no conocían el idioma.

La educación está á cargo de maestros indígenas y reducida á la enseñanza del dogma Budista y á las generalidades de contar por los dedos, comer y escribir con los mismos y leer algunas palabras de las más dificultosas del idioma.

Las niñas no reciben educación alguna.

Para los padres de familia es una desgracia tener hijas; prefieren tener varones, porque les sirven para la faenas del campo y para tirar de los carruajes y demás necesidades brutales.

El matrimonio es una ceremonia vistosa, cuando los contrayentes pertenecen á familias bien acomodadas.

El novio va á la novia, encerrada en una jaula y escoltada por varios parientes con espada desnuda y revólver de reglamento.

Previamente le han hablado de ella los padres, encareciendo la hermosura de la joven, sus carnes, sus habilidades domésticas, su carácter dulce y apacible.

En seguida se apoderan del mozo y le llevan á una habitación forrada de negro y toda pintarrajeada de figuras simbólicas, como cuernos, rosas, lagartos y serpientes bobas, de color amarillo.

En aquel encierro fantástico pasa el novio ocho días, á pan y agua.

Si no se debilita, le casan.

Si desfallece, le sueltan y le declaran indigno de constituir familia.

(1) Alcalde de Madrid, se entiende.



Pasados los ocho días de prueba, el que resiste es transportado en un serón y arrastrado por las calles, rodeado de la multitud que toca cencerros y golpea en latas de petróleo y grita y aúlla, hasta la casa de la novia.

Esta, en compañía de dos primos carnales, ó á falta de éstos de dos amigos de confianza, sale á la puerta á recibir á su amante, fingiendo que se conmueve por su desgracia.

Todo esto es simbolismo puro.

Sacan al novio del canasto y le arrojan en brazos de su prometida, la cual, auxiliada por sus dos primos, le lleva al lecho nupcial.

Allí permanece, sin moverse, mientras los padres firman los contratos de boda, y después bailan y beben y comen y cantan y se divierten.

Al sonar la primera campanada de las doce de la noche, los criados expulsan á palos á los convidados y la pura doncella entra en la habitación donde la aguarda su esposo.

Le sacude una bofetada en la mejilla que puede; él corresponde con otra bofetada, y ya están unidos.

Los chinos tienen cara de mástil, como habrán visto nuestros lectores en pañuelos y abanicos.

Los edificios son todos de porcelana y de loza ordinaria, según la clase del propietario de la finca.

La cocina nacional es, tal vez, la primera del mundo, por el buen gusto que revela.

El perro mechado es manjar exquisito.

Le sirven puesto en pie y parece que va á morder á los comensales.

Son perros apropósito; cebados por los municipios.

Los chinos son corteses y obsequiosos; pero no se les entiende lo que hablan, so pena de conocer el idioma.

Verdad es que algo de esto sucede también con los alemanes.

Pero no involucremos los asuntos.

Los chinos son muy aficionados al teatro; particularmente al de la ópera nacional, que se ve siempre concurridísimo por lo principal del Peking.

Porque Peking es, no sé si lo sabrán ustedes, la capital del Imperio celeste.

Pero los teatros son muy diferentes de los nuestros.

En lugar de butacas hay «ruedos» ó «felpados», como quiera decirse.

Antes de empezar la función, están los ruedos á un lado de la sala; los espectadores, conforme entran, toman los que necesitan y arrastra los llevan hasta el sitio que les conviene ó que han dejado vacío los espectadores que les han precedido en la entrada.

Dejan el ruedo y sobre él se tiende el individuo, solo ó con la familia.



El arrastre produce algún polvo, pero no molesta á los señores, que ya están acostumbrados.

Algo semejante se proyectó en Madrid para el Teatro Español; pero quedó en proyecto, como cuantas mejoras pensamos acá.



Pudiéramos añadir otras muchas noticias de aquella apartada región, pero el temor de ser difusos nos contiene.

Conste, pues, que sólo el deseo de ilustrar al público nos mueve, y no la vanidad de poseer tales conocimientos político geográfico-artístico-morales.

Transcrito de una «amenidad» de un periódico por
Eduardo de Palacio.

FRANQUEZA, HIJA

Que no te quieras casar porque te asusta tener un esposo y un hogar... Calla, lo habrás de jurar y no te habré de creer.

¿Quieres ser monja? Ya veo que te ríes... No me choca... no has sentido ese deseo; te gusta mucho el jaleo para encajarte la toca.

Pues, hija, sin añición al voto de castidad no comprendo ese tesón... ¿Que has de ser, por vocación, soltera á perpetuidad?

¿La libertad tiene encantos y hay en el mundo cariños más que el de esposo?... ¡No hay tantos! Y es muy bueno vestir santos; pero es mejor vestir niños.

Tus padres también tuvieron padres á quienes querer, y sin embargo, se unieron; lo que tus padres hicieron, ¿por qué tú no lo has de hacer?

Además, la ley de Dios ordena lo que ya sabes, y de la ventura en pos unidos de dos en dos van los brutos y las aves.

¿Pero á qué tanto insistir? No es preciso deshacer la niebla del porvenir; si lo que has dado en decir lo quisieras sostener,

¿qué indican tus devaneos y por qué á diario te lanzas á las calles y paseos para alimentar deseos y despertar esperanzas?

¿Por qué vas á diversiones y con placer aprovechas de lucir las ocasiones, y partes los corazones con tus ojos, que son flechas?

Si, echando el amor á juego, tu vida está consagrada á burlarte del dios ciego, mira, no juegues con fuego, que morirás abrasada.

Y mira que es disparate pedir al amor su ofrenda sin entrar en el combate... ¡No salga al escaparate objeto que no se venda!

Pero siempre de jaleo, de teatros y de bailes, renunciarás á Himeneo? No lo creo, no lo creo aunque lo prediquen frailes.

Quizá estás en trance duro, mas confiesa francamente, para salir del apuro, que el que te dan por futuro no te agrada de presente.

No des que hacer al demonio, que ya se busca él bastante, y si no te gusta Antonio, ¡que no cargue el matrimonio con las faltas de tu amante!

Eusebio Sierra.

Cuentecito.

Tenía un pobre loco la manía de ser Dios uno y trino, y tomando por base el desatino contemplaba este mundo y se decía:
—Lo debo confesar: ¡me he equivocado!

Esta desigualdad que hay en la tierra es la perpetua causa de la guerra entre el explotador y el explotado. Igualemos á todos los mortales, no en bienes materiales, que del trabajo son la consecuencia, sino en la inteligencia, que es el motor eterno de la vida; y no habiendo mejores ni peores, se acaban en seguida las luchas de oprimidos y opresores. Puesto que está en mi mano, la prueba voy á hacer... ¡Desde mañana tiene un nivel la inteligencia humana por virtud de mi impulso soberano!

¡Nunca lo hubiera hecho! porque vió al mundo entero al otro día, roto el límite estrecho, correr desatentado á la anarquía. Los hombres, por igual inteligentes, borrarán claro está castas y clases, y al asentar las bases de estados y costumbres diferentes, nadie aceptaba un puesto inferior á los otros, y con esto todo trabajo se paró en la tierra, porque la humanidad no se entendía; resultando una guerra más temible y cruel que la que había...

Probado, pues, y aquilatado todo en examen profundo, dedujo el loco aquel... ¡que en este mundo no se puede vivir de ningún modo!

Sinesio Delgado.

Menudencias.

I

—Es usted preciosa.—Bueno.
—¿Me dispensa usted el favor de que la acompañe?...—Gracias.
—¡Jesús, qué bonita voz, y qué escasa de palabras anda esa boca!—¡Por Dios! Retírese usted.—¿Estorbo?...
—¿Estorbar? No, no señor...
—En ese caso...—¡Mil gracias!
—Muy al contrario, yo soy...
—¿Y va usted á molestar? Yo vivo lejos.—Mejor.
—¿Que es muy tarde!—¿Qué ha de ser! ¿Por qué?
—¿Sabe usted la hora?...—Yo, al lado de una barbiana que me roba el corazón, no miro nunca la hora.
—Usted es muy galante.—No; es señora, simplemente, porque no gasto reloj.

II

Recostado en una esquina está Pepe el albañil, con una horrible *jumera*,

como dicen por ahí, llorando como un chiquillo y gritando:—¡Qué infeliz y qué desgraciado soy; Yo me quisiera morir, morirme ahora mismo!

—¡Hombre, no se ponga usted así, dice un pobre transeunte sosteniendo al borrachín. ¿Qué le ocurre á usted?

—¡Que soy muy desgraciado!—¿Sí?—Sí.

—¿Por qué?
—Treinta mil tabernas me han dicho que hay en Madrid, y eso á mí me quita el sueño y no me deja dormir...

—¡Bah, si las hay, que las *haga*!
—¡Pues no puedo ser feliz!
—¿Por qué?

—¡Porque ya soy viejo, y voy á morirme sin poder visitarlas todas!... ¿Soy sí no soy infeliz?...

E. Navarro Gonzalez.

El hambre.

Día de mucho, vispera de nada.
(Decir popular.)

Me lo estaba temiendo. Desde que, hace ya muchos días, leí en los diarios la lista ó, si ustedes lo prefieren (porque á mí, juro y perjuró que me da lo mismo), el *menu* de la comida que preparaban en Palacio para dos docenas de pobres, mas uno—mas un pobre; veinticinco entre pobres y *pobras*, vamos,—dije: «Esto es hartura para hoy y hambre para mañana.» Y, en efecto, el hambre no se ha hecho esperar, como que no podía suceder otra cosa.

Cada uno de los afortunados pobres á quienes se dió de comer en el *Regio Alcázar* el día 22 de Marzo pudo regalarse con mero, congrio, anguila, salmón, etc., etc.; pero ¿á qué fatigar la memoria, si copiarlo es lo más sencillo?

«Salmón cocido.—Mero ídem.—Congrio con arroz.—Empanada de sardinas.—Merluza frita.—Empanada de anguila.—Bacalao frito.—Tortilla de escabeche.—Pajeles asados.—Salmonetes fritos.—Be-

augo en escabeche.—Ostras ídem.—Alcachofas rellenas.—Tarta de crema.—Arroz con leche.—Un queso de bola.—Aceitunas sevillanas.—Cidrados.—Camuesas.—Naranjas.—Manzanas.—Limonas dulces.—Higos de Fraga.—Orejonas.—Ciruelas pasas.—Nueces.—Pasas.—Avellanas.—Anises.—Almendras.»

Lo más maravilloso de esto no es la evidente glotonería del inventor de ese *menu* monstruoso, sino el milagro de que no hayan muerto de indigestión todos los agraciados, *nemine discrepanti*.

Acaso con el caritativo propósito de que los felices pobres conserven duradera memoria de tan copiosa comida (sí, por ventura, sobreviven al consiguiente cólico), ó acaso también para que, si á cualquiera de los comensales le ocurriese repetir, por cuenta propia, el festín, no tenga que ponerlo todo, á cada uno de los pobres fueron entregados los siguientes objetos:

«Un plato.—Una servilleta.—Una libreta.—Un cubierto de boj con su cuchillo.—Una jarra con media arroba de vino.—Una copa para agua.—Una ídem para vino.—Un salero gemelo.»

Ahora no podrá decir nadie que no tiene salero esto.

No sé, porque no lo explica muy claramente el programa, si recibieron también sendos ejemplares de la *minuta*; sé que esa minuta ó ese *menu* existía y que su impresión era muy elegante, y llevaba, en su precioso grabado, la corona real. Es posible, no obstante, que ese documento se quedara en Palacio, porque más propias parecen esos papeles para visitar *regnum turres que pauperum tabernas*. Lo que sí dieron á cada pobre fué:

«Un cesto grande de mimbre para colocar la comida.»

Todo lo cual haría exclamar á muchos ricos: ¡quién fuese pobre!

Y es claro, al día siguiente un infeliz empleado, con familia numerosa, mujer y cinco hijos, á quienes no podía sostener con su sueldo escaso, intentó poner fin á su vida disparándose un pistolazo.

Si este desdichado hubiese pedido que lo incluyeran entre los pobres socorridos en Palacio, habríanlo rechazado, por rico... ¡Al fin disfrutaba dos pesetas de haber! Y me parece que dos pesetas dan de sí bastante para que vivan holgadamente siete personas.

Pero ni ese incidente sin importancia alguna, ni las noticias que pocos días después se recibieron de Cádiz y de otros puntos de Andalucía sobre la miseria, que es cada vez mayor, quitan magnificencia ni grandiosidad al acto celebrado en Palacio; acto contra el cual nada puede decirse, porque, al cabo y al fin, su realización ob-

IRÉNE ALBA



En la zarzuela Caramelo.

dece á una piadosa y antigua costumbre que recuerda hechos de Jesucristo.

Aunque, á decir verdad, no hallo verosímil (ni de la lectura del Evangelio se deduce eso) que la Cena de los apóstoles fuese tan espléndida, ni tan abundante como la que se da todos los años en Palacio. Sospecho además que los discípulos de Jesús no recibieron platos, servilletas, jarras, copas ni saleros gemelos; creo que tampoco habría *menu* elegantemente impreso, y tengo entendido que no se dió tampoco á ningún apóstol cesto de mimbre para colocar la comida.

Verdad es que esto último no parecería necesario, porque los manjares presentados en aquella ocasión lo fueron para ser consumidos entonces, no para que los convidados se los llevaran á casa... ó los vendieran al que más pagara por ellos.

Y por cierto que esta última consideración levanta en mí ánimo una duda y varios escrúpulos, que voy á exponer francamente, por si hay algún alma caritativa que pueda y quiera desvanecer la una y los otros.

Me parece á mí que si con la mencionada ceremonia palatina se pretende recordar un pasaje del Evangelio, mostrando, para edificación de las gentes, rasgos de humildad en los grandes y poderosos de la tierra, el acto sería más serio y tendría más verdad haciendo que los pobres comieran efectivamente un modesto y frugal refrigerio servido por el jefe del Estado. Pues, de no hacerlo así, la cosa parece función teatral, presentada con todo el aparato que su argumento requiere.

Y me parece también que si de lo que se trata es de hacer una obra de caridad, favoreciendo con sendas limosnas á veinticinco menesterosos, podría hacerse así, entregando á los escogidos, y entregándoselo en dinero contante, lo que

se les entrega para que después lo vendan, en especies, comestibles y bebestibles:

Haciéndolo así, quedarían suprimidos muchos intermediarios, especie de zarzas en las cuales queda enredada mucha lana, y los pobres lograrían más y la Real Casa gastaría menos.

Aunque estas indicaciones no sirven ya para este año, bien podrían ser aprovechadas para el venidero, si no parecieran impertinentes y si hay para entonces ocasión de aprovecharlas... Que vayan ustedes á saber si la habrá ó no... y puede ser que no la haya.

A. Sánchez Pérez.

CHISMES Y CUENTOS.

Se ha verificado en París, con toda felicidad, la explosión número mil quinientos de la temporada.

La próxima se anunciará por carteles.

La verdad es que si los anarquistas se decidieran á estarse quietos, ¿de qué diablos iba á hablar uno?

La novedad que ha traído consigo esta última bomba es que sus proyectiles han ido á acribillar precisamente á un escritor que se entretenía en defender en letras de molde las teorías del anarquismo.

Parece que la suerte ha querido preguntarle:

—¿Está bien así?

Luis Taboada acaba de publicar un nuevo libro, *El mundo alegre*, de cuyos regocijados y chispeantes artículos pudieren ustedes saborear una muestra en el número próximo pasado.

Gracias á Dios los libros de nuestro cronista no necesitan recomendación de ninguna especie ni bombos de amigos. Se venden solitos que es una bendición del cielo.

Pero ustedes necesitarán saber cuánto cuesta el último y dónde pueden encontrarle, y esto es lo que yo tengo que decirles.

Pues... 3,50 pesetas y en las principales librerías.

Nada menos que siete manos, ó sean ciento setenta y cinco ejemplares, han faltado esta semana á nuestro corresponsal de Zaragoza.

Lo chusco del caso es que han llegado sin novedad los ejemplares restantes, y como no es de suponer que hayan birlado los que faltan por gusto de leerse los todos, uno detrás de otro, hay que creer que han cambiado de dirección inadvertidamente.

Pero ¿cómo cambiaron unos sí y otros no, yendo juntilos los paquetes? ¿No hay más remedio que admitir la intervención del demonio en estas cosas de Correos!

Leo:

«Se ignora á qué hora saldrá mañana el Sr. Martínez Campos.

Tampoco se sabe adónde se dirige.

Hay quien supone que irá á Granada y Sevilla, y hay quien cree que se dirige á Motril, para hospedarse en el palacio de la marquesa de Squilache.

Sobre eso se guarda una reserva verdaderamente incomprensible.

Eso.

Incomprensible por la escasa importancia del asunto. Yo no me volvería loco por romper esa reserva.

A este paso vamos á parar á que aparezca el mejor día la noticia siguiente:

«Ayer almorzó huevos D. Fulano de Tal. Pero á pesar de nuestras pesquisas no hemos podido averiguar nada concreto. Unos dicen que fritos, otros aseguran que pasados por agua... ¡No comprendemos por qué se oculta al país toda la verdad!»

Alfarache y Correa
son dos cajistas
que se están peleando
todos los días.
Aulcayer se arrojaron
con saña fiera
los dos componedores
á la cabeza.
Y Alfarache fué en busca
de un abogado,

y hallándole en su casa
contóle el caso.
—Me deja usted perplejo
con la consulta;
para mí, este negocio
no ofrece duda.
¿A qué juicio se llevan
tales cuestiones?...
¿A un juicio de amigables
componedores!»

RAMÓN A. URBANO.

Por fin saldrán un día de éstos los individuos que han de formar parte de la peregrinación obrera.

Y supongo yo que desaparecerán de las esquinas unos cartelones muy llamativos, demasiado profanos por consiguiente, y en los que se lee en letras gordas:

—¡A Roma, obreros!
Así como quien dice:
—¡Al agua, petos!

Yo leo en tus ojos
igual que en un libro;
tus ojos son verdes, ¡calcula las cosas
que yo habré leído!

EMILIO C. OLARAN

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cantarillo.—Confieso humildemente que no habla visto un soneto tan malo en todos los días de mi vida.

Sr. D. P. H.—Tampoco esas cartetas son buenas, y también lo confieso humildemente.

Sr. D. F. L.—Larguita y... medianita además.

Sr. D. E. H.—Mala cosa es parodiar á Bécquer, porque como lo ha hecho todo el mundo... es difícil sacar algo de provecho á estas horas.

Goy Lucero.—El primer romance que ha hecho usted le ha salido muy apropiado para que le canten los ciegos... Otros peores cantan.

Curo.—Déjese usted de casos de atavismo. Eso se ha hecho cursi al nacer.

V.—Empiece usted de la manera siguiente:

«En clara noche de estrellas
de la luna al fulgente rayo
junto á la orilla del lago
que las retrata á todas ellas.»

¡Y piensa usted hacer un libro así? ¡No! no haga usted el libro.

Sr. D. A. U.—A lo menos que puede uno dedicar sus versos es al sombrero de otro ciudadano. ¡Mucha gracia habían de tener para que le importaran á alguien.

Sipa.—Si la dueña del abanico cree que versos y sesos son consonantes no está mal la composición... para el abanico.

Una señora pobre.—Aunque usted procure desfigurar la letra, me parece que conozco el estilo de las humoradas. ¡Me ha enviado usted muchas ¡verdad? Y yo he publicado bastantes, por más señas.

De la lira á componer.—La cuestión es que están mal medidos casi todos los versos. Y eso es el a b c del oficio, como usted comprende.

Anieto.—¡Bien se ve, oh inocente mariposa,
que llama usted soneto á cualquier cosa!

Trijuca.—De tal manera se ha arreglado usted, que no se sabe por quién se muere usted de pasión, si por la novia, ó por el primo de la novia, ó por el perro del primo de la novia. Hasta para enamorarse locamente se necesita la gramática.

Sr. D. J. D.—¡Por Dios! Aparte la vulgaridad de la idea, fíjese en que rastos y trastos no disfrutan la dicha de tratarse como consonantes.

Sr. D. A. M.—Los cantares son bastante flojitos. Agradecemos sus ofrecimientos, que sentimos no poder aceptar, porque el servicio del periódico no requiere corresponsales de la clase que usted indica, sino puramente administrativos.

El joven Telémaco.—Si es buena esa Carta
¡mal rayo te parta!

Canuto.—Hombre, francamente, no está mal que se hagan odas al médico que le cura á uno, pero de ahí á publicarlas... Se recibió la otra, que tampoco entró en tarso.

Rodajas.—Esta vez tampoco. ¡Ah! No se puede decir á por cerezas, porque está mal dicho.

Cantarranas.—Vulgar el epigrama. Y con poquita gracia además

Seyuah 2.º—La composición es demasiado larga. Y como ahora nos queda menos espacio disponible que antes...

Luzbel.—Peca de inocente, si es que la inocencia es pecado.

Sr. D. L. V.—Poca miga tienen las humoradas en cuestión, si se há de hablar con toda franqueza.

Casto.—Lo será usted, pero mal rayo en usted si no demuestra lo contrario precisamente.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.



El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.

Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.ª
Teléfono 834.